

Normalmente, una gran civilización organizada alrededor de la que vagan bárbaros o nómadas, ejerce sobre éstos dos influencias contrarias: los atrae y los repele simultáneamente. Los atrae por la cantidad de ventajas que una civilización activa ofrece a pobres gentes apuradas. Los repele por su aire de dureza e inmoralidad. Es el mismo sentimiento de los árabes argelinos, que, reconociendo la superioridad material de la sociedad francesa, la miran sin embargo con asco, la encuentran falta de un principio superior y ofensiva para la libertad de un hombre que se estima y que no debe permitir que se le matricule y numere. Desde que la civilización domina en el mundo, este modo de pensar ha perdido a las familias que en él se encuentran; pero en su origen, tal sentimiento fue a veces preservador y conservador. La tienda semítica ganó con él el seguir pura de muchas abominaciones, restos de la bestialidad primitiva, y de las aberraciones que acompañaron a los primeros delirios de la conciencia naciente. La honradez estaba más valorada que hoy para la obra general del progreso. Era una pobre planta que no se había aclimatado aún en ninguna parte, que se veía amenazada en todas y sin la que no podía triunfar la cultura humana. Cuanto la protegía resultaba beneficioso para la verdadera civilización.

En la mayoría de los casos, tribus nómadas que hemos visto llevar consigo un principio moral elevado bordeaban las sociedades establecidas, sin mezclarse jamás con ellas. Aquellos grupos de gente sencilla sentían una especie de horror ante lo que no comprendían. Egipto y Asiria eran para ellos abismos insondables. El gran número de esclavos y funcionarios los indignaba. Las construcciones gigantescas les parecían locos actos de orgullo. Pero la atracción de aquello acababa por vencerles. La tribu aceptaba ciertas condiciones de la autoridad y buscaba su subsistencia en los resquicios de una sociedad más grande. Hay que notar que aquellas civilizaciones antiguas no eran tan compactas como las nuestras. Tenían huecos interiores en los cuales cabía el nómada y que incluso le atraían. Así atrajo siempre Egipto a los árabes, colocándolos

en su red administrativa, aparentemente muy apretada. La población de Babilonia parece haber sido poco densa: grupos de pastores podían ocupar en ella un lugar similar al de los beduinos de hoy en Siria o en Egipto.

De todos los semitas nómadas que pasaban de Arabia a las mejores comarcas cercanas al Mediterráneo, unos llegaban directamente de Arabia; otros, detenidos por el gran desierto, daban la vuelta a lo largo del Éufrates y desembocaban en Siria a la altura de Mabug y de Alepo, habiendo estado en tierra babilónica un período más o menos largo. Esta estancia dejaba en ellos huellas hondas. La lengua dominante en Babilonia era desde hacía tiempo el idioma semítico llamado asirio. Dudoso es que las tribus de lengua hebraica o aramea pudieran comprenderlo. Pero la civilización que contemplaban estas tribus mientras vagaban por los cenagales del Éufrates, hablaba, si puedo expresarme así, hasta a aquellos que no penetraban en el misterio complicado de sus escrituras sagradas.

Desde siglos Babilonia era un faro más brillante que Egipto, en medio de una noche profunda. No se puede precisar a qué raza pertenecían los creadores de aquella civilización tan antigua como la de Egipto y también muy original. No eran semitas ni arios. El nombre de turanios es impreciso. La aplicación a aquel mundo antiguo de los nombres de cuschitas y cefenios es caprichosa. No conocemos la lengua que hablaban. Se ignora si se encuentra en la escritura, no comprendida aún, de las inscripciones llamadas acadienses o sumerianas, pero parece que esta primera impresión de los asiriólogos es la cierta. El jeroglifismo asirio, origen de lo que se llama escritura cuneiforme, ha sido creado para un idioma que no era semítico ni ario. Sólo tiempo después fue empleado para escribir en estos idiomas.

Cuando se creó el jeroglifismo asirio, tuvo gran conexión con él la creación de toda una disciplina que alcanzó gran importancia en la historia del espíritu humano. Tuvo Asiria, ya antiguamente, castas de sabios y de sacerdotes. Creó la aritmética, la geometría, el calendario y la astronomía; organizó la vida humana fundando la semana y el descanso semanal. La ciencia racional había surgido con esto. Gran cantidad de datos meteorológicos que aún usamos y que no han podido ser modificados ni por la Revolución francesa, quedaron fijados. Los siete planetas habían dado sus nombres a los siete días de la semana, y el séptimo día tenía un carácter especial que lo destinaba al descanso. Las divisiones del círculo y del tiempo eran las mismas vigentes hoy para todos los pueblos. Gran parte de la literatura de carácter mítico-científico pretendía contar el origen del mundo y de la humanidad. Largas historias de dioses y gigantes encantaban la imaginación popular. Pero con todo esto se mezclaba un espíritu singular. No era aquélla la mitología ingenua que juega con el vocablo, y sigue los caprichosos cohetes de las metáforas; tenía ligerezas de hipótesis científicas, que partían de observaciones verdaderas, generalizando a veces con gran acierto y expresando las primeras percepciones de la razón en fórmulas

que nos parecen ambiciosas desde que hemos aprendido a emplear sólo el método analítico en la investigación de las causas.

Resumiendo: en el espíritu humano, de aquel lugar avanzado de su desarrollo, se entreveía la pretensión de explicar el origen del mundo sin intervención de los dioses. La generación espontánea deducida de manera demasiado breve, era el dogma fundamental de la ciencia babilónica. El mundo había salido del caos, de un abismo profundo (Tiamat), de un fértil lodo semejante a los grandes aluviones que forman el Éufrates y el Tigris, al juntar sus aguas. De este caos al que había dado vida un plácido viento, brotaron sucesivamente creaciones más o menos incoherentes que desaparecieron para dejar sitio a seres mejor armonizados, y por último al hombre.

El lugar donde vivía esta gente primitiva era la Caldea baja, parecida a un paraíso, punto de arranque de todos los ríos, con el «árbol sagrado de la vida» en el centro. Diez grandes reinados míticos, de millares de años cada uno, hubo en esta Edad primitiva, durante la cual hombres divinizados construyen las primeras ciudades, inventan las artes, plantean las condiciones de la vida civilizada.

Un diluvio, del que sólo se salvó un hombre encerrado en un barco, con todas las especies animales destinadas a reproducirse, separaba la Edad mítica de una edad heroica, llena de historias de gigantes, nacidos del tráfico de demonios incubos con mujeres. El origen de Babilonia y de Nínive estaba enlazado con aquella raza de gigantes, de los cuales el más célebre era el cazador Merodak o Nemrod, que estrangulaba a un león apretándolo entre los brazos. Las colinas de ladrillos que servían de base a los templos de Babilonia, y sobre todo la gigantesca Borsippa, la torre de las lenguas, eran fuente de leyendas innumerables, que cada generación alteraba según su manera de ser.

Un nido de leyendas al Sur de Babilonia era también la ciudad de Ur, con su rey mítico el Padre Orham, concebido como un legislador pacífico y santo. Era la localidad más antigua de Babilonia; los textos que en ella se encuentran representan la forma lineal de la escritura llamada cuneiforme. Los reyes de Ur eran la dinastía babilónica más antigua conocida. Una colina de ladrillos indica el lugar donde estuvo el templo principal. Ur, o Ur-Casdim, así la llamaban los hebreos, puede considerarse el primer centro de la civilización babilónica o caldea.

Cuantas ciudades había en aquella región pantanosa, donde se confunden el Éufrates y el Tigris, tenían también sus leyendas divinas y antiquísimas. Erech igualaba a Ur en nobleza y en importancia religiosa. Las esculturas de Tello, recién descubiertas, nos presentan el mundo de la Baja Caldea primitiva bajo el aspecto más original y llamativo.

Aquellas ciudades extrañas de Ur, Erech, Babel y Tello producían gran efecto en los semitas nómadas procedentes de Arabia. Sus pirámides enormes, cuyo objeto no entendían, engendraban fábulas innumerables. El nómada y el bárbaro normalmente no comprenden las grandes construcciones, y explican las ruinas colosales por medio de cuentos infantiles. La torre de Borsippa, especialmente, les sugería extrañas refle-

xiones. El poder del hombre llevado hasta tal punto ¿no era un agravio a Dios?

El peregrinar de los nómadas no siempre les llevaba hacia el Tigris y Nínive. Generalmente se detenían en la parte de la Mesopotamia, llamada Paddan Aram, cuyos principales centros eran Harran, Sarug, Edessa. Desde el punto de vista de la civilización, este país era un anejo a Asiria, una especie de Babilonia aramea. Arameo se hablaba allí, y esta circunstancia ha bastado para introducir cambios considerables en las tradiciones de Babel y Ur. Parece que Harran era ya entonces lo que fue hasta el siglo XIII de la Edad Media, una ciudad de sincretismo, donde los mitos de origen babilónico eran terriblemente transformados. Se suponía que de allí salió Balaam, el gran adivino de las leyendas israelitas. Harran, en su larga y curiosa historia, aparece siempre como una especie de colonia y mercado de las ideas babilónicas.

En esta ciudad los pastores hallaron las ideas caldeas en forma mucho más aceptable para ellos, como cubiertas de una capa semítica. Los nombres de los personajes característicos, como por ejemplo, el de la primera mujer (Havva, la que da la vida), y quizás el nombre del Dios Jehová, se mostraban como palabras arameas muy fáciles de entender. El héroe del diluvio se convertía en un hombre amado del cielo, llamado o bien Hanok o bien Noh (Noé). El arca se detenía en las montañas del país de Ararat (Armenia), mientras que en el texto asirio no se habla de ese país septentrional. Las gentes del Paddan Aram se aficionaron a la leyenda del fabuloso Orham, rey de Ur, y le llamaban Aborham, Abraham, o el Padre Orham, nombre que había de introducirse en las capas más profundas de la historia mitológica. Aquellos reyes de Ur eran como patriarcas, o reyes padres. Los asirios los representaban frecuentemente sentados en un sillón, con aspecto benévolo y sin ningún aparato militar. El título principal del Padre Orham para sus pacíficos adoradores, era haber sustituido los sacrificios humanos por los de cabritos. Creemos que este Orham es el personaje real o ficticio que ha dado el nombre y algunos de los rasgos característicos de la historia de Abraham, cosa tanto más admisible cuanto que los mitos de Orham solían representarse en cilindros pequeños de poco valor que circulaban entre las manos de los nómadas como talismanes y que hacían funcionar su imaginación.

El mito de Nemrod aparece en los relatos bíblicos bajo una forma muy harraniana. Aquel Dios cazador era aquí en plena Edad Media uno de los dioses de Harran. Generalmente, las cosas que el Génesis ha tomado de Babilonia en sus principales capítulos, han atravesado el Paddan y son como Babilonia vista a través de Harran. Los nombres de los patriarcas antediluvianos que responden a los reyes míticos de Babilonia, parecen también lenguaje harraniano.

Los semitas pastores que andaban por aquellos lugares oían todas esas cosas, que les llamaban mucho la atención. Su situación era como la de Mahoma, que no sabía leer ni escribir, frente al cristianismo y al judaísmo, cargados de escrituras. Todo se hizo a través de la vía oral, por relatos populares. El parecido entre las relaciones hebreas y las babiló-

nicas antiguas fue como el parecido del Alcorán con la Biblia y el Evangelio. Según su espíritu evhemerista y contrario a la mitología, los semitas nómadas simplificaban estas antiguas fábulas, reduciéndolas a un pequeño volumen capaz de ser transportado en el equipaje del nómada. Por el hecho de pasar por las manos de poblaciones arameas o de pastores errantes, sin escritura, aquellas epopeyas teogónicas tomaban un aspecto infantil. El relato de la creación se hacía más sobrio; el paraíso se materializaba; su topografía, a medida que se alejaba de la Caldea Baja, tomaba un aspecto vago y contradictorio. Los reyes míticos, que, según los relatos asirios, reinaban tres y cuatro mil años, se convertían en patriarcas que vivían ochocientos o novecientos, lo cual parecía más fácil de admitir. El diluvio adquiere al mismo tiempo un significado moral: fue un castigo. Los mitos sobre el origen de Babel toman un aspecto hostil: Babel es una ciudad orgullosa, un atentado contra Dios, mientras que Ur ha sido una cima primitiva de santidad.

De tal forma penetró en la tradición semítica un elemento capital. La base de la religión, adoptada más tarde por el mundo, es el elohísmo sencillo y moral del pastor semita; pero esto era una base insuficiente. Necesitaban una explicación, aunque fuera aparente, del origen de las cosas, una cosmogonía de aspecto sensato, positivo, histórico. La extraña mezcla de ciencia real y de fábula que contenía el sistema caldeo-hebreo lo predestinaba a llenar este vacío. Los relatos protocaldeos han dado los doce capítulos primeros del Génesis, que son quizá la parte de la Biblia que mayores consecuencias ha tenido. La humanidad se ha imaginado que eran un relato histórico de lo que más le interesaba, o sea su infancia y sus primeros adelantos. El real buen sentido que existe en el fondo de estos símbolos ha hecho olvidar a lo largo de muchos siglos su parte débil. Lo que tienen de mitológico ha servido por otro lado de pasaporte a lo que tienen de superficialmente razonable.

Se deriva del estrecho dogmatismo cristiano el que estas páginas semicientíficas fueran en la Edad Media un gran obstáculo para el despertar del espíritu humano. Se creyó tener en la obra de los seis días la teoría del Universo. Actualmente la falta de crítica habitual de los sabios franceses e ingleses que sólo se ocupan en ciencias físicas y matemáticas, ha dado origen a muchas tonterías. No hay que olvidar, sin embargo, que el capítulo *Beresith* fue ciencia en su día. El antiguo espíritu babilonio persiste en él. La sucesión de las creaciones y edades del mundo, la idea de que éste tiene una historia, un *devenir*, en que cada estado proviene del anterior por un desarrollo orgánico aparecía como un inmenso progreso sobre una vana teoría del Universo concebido como un agregado material y sin vida. La falsa sencillez de la relación bíblica, el horror exagerado de ésta a las grandes expresiones y a los períodos largos, han ahogado el poderoso espíritu evolucionista que hay en su fondo; pero el genio de los Darwin desconocidos que tenía Babilonia hace cuatro mil años, se reconocerá siempre. La bella página que dice: «En un principio Dios creó el cielo y la tierra...» ha sido como el frío *mistral* que purifica el cielo, el soplo que ha hecho cruzar el horizonte a las

quimeras que lo oscurecían. Una voluntad libre, como la que implica la palabra «creó», suprimiendo montones de voluntades fantásticas es en cierto modo un progreso. La gran verdad de la unidad del mundo y de la solidaridad absoluta de todos sus miembros, desconocida por el politeísmo, se entrevé al menos, claramente en estos relatos, donde todas las partes de la Naturaleza surgen de la acción del mismo pensamiento y del efecto del mismo verbo.

El pastor nómada no hubiera inventado estos relatos asombrosos, pero les trazó el camino del éxito. La cosmogonía caldea no habría conquistado el mundo con la forma exuberante que tenía en los textos asirios. Reduciéndola, el genio semítico la hizo tal como debía ser para cuando el espíritu humano quisiera ideas claras sobre lo que está confuso.

Cualquier cosa se repite dentro de la historia del espíritu humano. Esta vez, el herbario seco fue más fecundo que la pradera. Se convirtieron en evidencias aparentes monstruosidades que habrían quedado ahogadas entre el farrago de Oriente. La imaginación clara y sobria de Israel realizó al milagro. Lo que en el Beroso es grotesco, parece en los relatos de la Biblia tan verdadero y naturalísimo que, con nuestra credulidad occidental, lo hemos tomado por historia y hemos creído romper con la mitología al aceptar tales fábulas.